



CAPITULO IV

Persecución de Diocleciano

En el capítulo anterior queda ya indicada la peregrinación de San Narciso hácia las provincias de Alemania sujetas al imperio de los Césares, donde, como veremos en los siguientes capítulos, desempeñó el oficio de verdadero apóstol y convirtió á la fé cristiana multitud de almas que yacían sumidas en los errores del paganismo.

Con los hechos que vamos á reseñar, acaecidos en los albores del siglo IV, entramos en el segundo período de la historia de nuestro excelso Patrono, abandonando ya el terreno de dudas y nebulosidades que hasta aquí hemos venido sorteando, para salir definitivamente á un campo más despejado y dirigir nuestros pasos por camino más trillado y seguro.

Saltaban á la sazón las primeras chispas de un violento incendio que, sin la indispensable intervención y el potente auxilio de

Dios, había de concluir por el aniquilamiento del Cristianismo. Ya se comprenderá que aludimos á la nueva era de muerte y exterminio iniciada contra la Iglesia por el odio satánico del decadente paganismo; y como quiera que los efectos de ese supremo embahte de la impiedad en las diferentes provincias del imperio tienen íntima relación con los hechos de nuestro santo Obispo en esta segunda etapa de su apostólica misión, creemos oportuno dar aquí una breve idea de aquel funesto período, durante el cual ocurrieron los sucesos que vamos á referir.

Era á principios del año 303 cuando comenzó la décima persecución contra el Cristianismo, persecución quizá la más terrible y sangrienta de cuantas promovió la ira de los enemigos del nombre cristiano. El imperio de Roma había caído en el año 284 en manos de Diocleciano por una de esas revoluciones militares que son, cuando se repiten con mucha frecuencia, síntoma indeclinable de la ruina de las naciones. En el decurso de esos diez y nueve años, Diocleciano compartió desde un principio el imperio con Maximiano Hercúleo, y más tarde nombró césares con título de emperador á Constantino Cloro y á Galerio, á quienes hubo de conferir tal autoridad con objeto de ocurrir á las crecientes necesidades de aquel extensísimo imperio acometido por toda suerte de

gentes bárbaras en sus más remotos confines.

En los primeros años de su dominación mostróse Diocleciano no solamente benigno y tolerante para con los cristianos, sino que llegó, además, á portarse como verdadero protector de ellos, dando ocasión esta circunstancia á que la Religión de Jesucristo se extendiese rápidamente por todas partes y fuese ya incalculable el número de fieles que hacían pública profesión de su fé.

Irritado el espíritu infernal al ver que iba perdiendo ya su dominio sobre la tierra, y empeñado en sostener á los falsos dioses que vacilaban sobre sus pedestales, no cesó un instante de instigar la malicia de los que estaban al frente del imperio, para que, imitando la conducta de sus sanguinarios antecesores, empezasen de nuevo á encender cruel guerra contra los cristianos de todos los lugares. Así sucedió antes de mucho tiempo, y al entrar la primavera de dicho año 303, se promulgó el decreto que fué base de la nueva persecución (1). En él se ordenaba que fuesen derribados todos los templos y edificios en que se reunían los cristianos para la celebración de los divinos misterios, y que fuesen entregados á las llamas

(1) Véanse Eusebio (*Hist. Eccl.* lib. 8, cap. 2) y Lactancio (*De Morte persecutorum*, caps. 12 y 13).

los sagrados libros; que los fieles á la fé de Cristo perdiesen la libertad si eran plebeyos, é incurriesen en la nota de infamia si eran nobles (1).

El César Galerio, más cruel y sanguinario que los otros imperantes, aconsejaba á Diocleciano que mandase arrojar al fuego á cuantos profesaban la ley de Jesucristo; pero Diocleciano no quiso de momento mostrarse tan severo, y se contentó con la publicación del referido edicto.

Acaeció poco después que un terrible incendio hizo inesperadamente presa del palacio imperial y lo redujo casi á cenizas; y, como es natural entre gente impía, se echó la culpa sobre los cristianos. Creen algunos, y así lo dice Lactancio (2), que el mismo Galerio fué autor de tal siniestro con el estudiado intento de culpar luego á los hijos de la Iglesia santa; más, fuese esto así ó fuese efecto solamente de una causa imprevista, el malévolo Galerio no desperdició la ocasión de presentar como autores de ello á los cristianos; con lo que Diocleciano comenzó á irritarse y perseguir con hierro y fuego á los mismos familiares de su palacio, entre los cuales había no pocos que profesaban la fé católica, á fin de ver si, por el temor, descu-

(1) Eusebio, *ibid.*

(2) *De Mort. persec.* caps. 14 y 15.

bría al culpable del supuesto delito. Quince días trascurrieron sin que pudiese averiguarse la verdadera causa de aquel suceso, durante los cuales iba creciendo el enojo del emperador, y al fin de ellos se reprodujo otra vez el incendio, sin que tampoco fuese posible hallar á su autor. Entonces Diocleciano montó en ira y llevó su cólera al extremo de la desesperación; apoderáronse de su espíritu las más aviesas pasiones y decretó la persecución general de que venimos hablando. Publicó nuevos edictos y envió órdenes particulares á Maximiano Hercúleo y al César Constancio para que imitasen su conducta en las regiones confiadas á su autoridad. Su mandato fué exactamente cumplido, y todos á la vez comenzaron en su respectivo distrito á regar el suelo con sangre cristiana, de la misma manera que á raíz del primer edicto se habían apresurado á poner en ejecución sus feroces disposiciones, arruinando templos y entregando al fuego los libros y objetos sagrados.

Las víctimas del furor gentilico fueron desde luego innumerables. Ya no eran conducidos al suplicio aisladamente, sino á grandes pelotones y como á ejércitos enteros. Los calabozos se vieron atestados de cristianos, y se inventaron los más refinados tormentos para dar inhumana muerte á los fieles que caían en poder de los sicarios de la impiedad.

A medida que los edictos de persecución iban promulgándose en las diferentes provincias del imperio, explotaba en ellas la furia de los delegados ó presidentes de las mismas; y así las horribles hecatombes de la Siria y de Palestina fueron produciéndose gradualmente en las comarcas septentrionales, cundiendo como arrasador incendio por el mediodía de Alemania hacia las Galias y España, en el extremo occidental del imperio, y bajando hasta la parte de Africa sujeta al cetro de los emperadores romanos.

Ya se ha visto en el anterior capítulo que los pueblos de Alemania se hallaban á la sazón enteramente faltos de pastores que condujesen á aquella naciente cristiandad por los salvadores caminos de la doctrina evangélica y la sostuviesen y confortasen en la terrible lucha contra las potestades del infierno; y por ahí se echará de ver cuán á tiempo les mandaba la divina Providencia el valioso auxilio del santo Obispo gerundense. Mas en España el caso era muy distinto: aquí se sintió, quizá con mucho mayor fuerza que en otros puntos el rigor de aquella sangrienta persecución; pero esto fué debido en gran parte á la circunstancia de haber el Cristianismo adquirido en nuestra península extraordinario progreso, de modo que á fines del siglo III la iglesia española estaba ya constituida en perfecta jerarquía, como cla-

ramente lo demuestra el hecho de que los obispos, previendo los males que la persecución ya extendida por Italia causaría al despertar en España, se reunieron en número de diez y nueve, con veinte y siete presbíteros, muchos diáconos y otros fieles del pueblo en Elvira (1), y celebraron allí el famoso concilio iliberitano, con el principal objeto de prepararse para la tormenta que se desencadenaba y evitar en lo posible la ruina que ella podía ocasionar en la fé cristiana.

Esa demostración pública y solemne de la vida y robustez del Cristianismo en nuestra España concitó vivamente la ira de los emperadores (2), que al punto enviaron como delegado á Daciano, hombre brutal y de fieros instintos, con el especial encargo de pervertir á estos pueblos más bien que gobernarlos (3). Entró éste por el Rosellón, con el carácter de presidente de toda la España, y dirigióse luego á Zaragoza donde fijó su residencia. A su paso por Gerona dejó en ella como lugarteniente de su autoridad al cruel Rufino, con expresa delegación de secundar-

(1) *Iliberis*, población que existía muy cerca del lugar que hoy ocupa la ciudad de Granada.

(2) Así lo afirma el erudito escritor D. Lorenzo de Padilla, citado por Fr. Pablo de San Nicolás en su notable obra *Antigüedades eclesiásticas de España*, pág. 277 de la edición publicada en Madrid el año 1725.

(3) Así se lee en las actas de Santa Leocadia (Florez, *España Sagrada*, tom. VI, pág. 315).

le en la obra de exterminio de los cristianos, hasta que no quedase con vida ni uno solo, si no querían todos apostatar de la fé de Cristo. Rufino cumplió al pié de la letra el inicuo encargo de su jefe, y á poco de su llegada dió cruel muerte á los santos Vicente, Oroncio, Víctor, Aquilina y al marido de ésta; luego después á los cuatro santos mártires Justo, Germán, Paulino y Sicio, al santo obispo Poncio, á los santos Román y Tomás, Sixto y Teobaldo y á otros muchos que sería imposible enumerar, y muy señaladamente al intrépido doctor de la fé San Félix africano, el glorioso apóstol de Gerona, á quien sin duda había inspirado el Señor para que, desde lejanos países, viniese á sostener la fé de los gerundenses cuando la persecución estuvo en su mayor apogeo, y se encontraban aquellos fieles huérfanos de su amadísimo Pastor.

San Narciso caminaba entre tanto, como hemos indicado, hácia Alemania, atravesando las dilatadas comarcas que forman el límite oriental de la Francia y los accidentados territorios limítrofes á la antigua Helvecia, hoy Suiza, para entrar en las tierras meridionales de Alemania hasta llegar al país de los Rethios y Vindelicios, donde á la sazón iba desarrollándose el ferviente odio del paganismo á la Religión cristiana. Hemos de suponer que nuestro Santo, desem-

peñando fielmente la misión apostólica que el cielo le confiara, iba en su larga peregrinación sembrando la doctrina evangélica entre los pueblos de aquellas extensas regiones, siguiendo siempre el impulso de la inspiración divina que le alentaba á través de tantas dificultades y ásperos caminos, ora sufriendo las rudas fatigas de tan largo viaje, ora probando las contínuas penalidades é ímprobo trabajo de sustraerse á los rigores de la creciente persecución. Así llegó, casi fugitivo, á la ciudad de Augusta á últimos de Noviembre del año 303, según juicioso cálculo de los cronistas continuadores de Bollandó, fundado en los datos de la tradición augustana que recogió el erudito Velsero en su comentario *Ad passiones S. Afræ martyris, et SS. Hilariaæ, Dignaæ, Eunomiaæ, Eutropiaæ, etc.* (núm. 4); de todo lo cual vamos á tratar detenidamente en los siguientes capítulos.

